



Adolfo Carrillo

La última cena

Era un día de septiembre de 1827. Desde el albear, la misión de San Gabriel Arcángel, surgía engalanada de las claridades matutinas, ostentando por fuera gallardetes, imágenes de santos y santas, y allá abajo, cercando el silencioso recinto, esparcían enramadas de donde colgaban farolillos de papel chillón, matizando el lugar en caleidoscopio de orientales y barbáricos efectos.

El lego Pichegrú, subía en esos momentos las tortuosas escaleras del campanario, chascando las sandalias de escalón en escalón, y al llegar junto a la esquila, atose el cordón que ceñía el hábito franciscano, y colocando su carnososa mano a guisa de visera, púsose a contemplar el soberbio paisaje que se extendía a su vista, en todas direcciones. Las cuencas de las colinas que calladamente descienden al risueño valle; los montículos de Palo Santo -Hollywood- cuyas cimas el sol ya besa; los huertos verdinegros que en oleaje de verdura invaden las blancas y polvorosas veredas que culebream hacia el pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles. Y allá en lontananza grupos de jinetes y carricoches que avanzan, levantando nubecillas de brillante polvo.

La esquila tañe llamando a los fieles a la primera misa. Pero es misa de nupciales, pues va a casarse en la iglesia María de la Concepción Echave, hija única del alcalde de Monterey, con don Ignacio Domínguez y Bobadilla, dueño de la hacienda de Playa del Rey, ocho leguas distante de San Gabriel.

Después de tocar, el sacristán acarició el badajo, murmurando al frotarse regocijado las manos:

-¡Caracoles!, ¡si hubiera bodas todos los días! Gracias a la Virgen que hoy vamos a comer pavo real, pescado de la bahía de Redondo, gallinas del rancho de doña Eduwiges, y todo rociado con vinillo de Sonoma, y un poco de amontillado de ese que tenemos en la bodega.

Y apretándose la barriga, que amenazaba saltar cual pelota, continuó cavilando:

-¡San Francisco de Asís me valga!, creo que estoy enflaqueciendo y no es maravilla. Chocolate y blanquillos por desayuno; sopa y puchero como almuerzo, y gallina, siempre gallina y jalea, en la comida. ¡Si no fuera por las dos botellas de vino que apuro todas las noches, mi pecaminoso espíritu estaría ya en las manos del Creador!

Al descender el último escalón, ya el gran patio de la misión hormigueaba en gentes que se apeaban de los caballos o bajaban de los coches. En esos instantes hizo su aparición la novia: venía ataviada en túnica de blanca seda, vaporoso y luengo velo y la simbólica corona de azahar en la frente. Su padre, el señor Echave, dáble el brazo. Era ella de pequeña estatura, tez aterciopelada y ojos luminosos y negros, que veían con timidez a la congregada muchedumbre. El prior de la misión, fray Lupercio de Revilla, seguido de acólitos en vestimentas de sacristía, salió a su encuentro conduciendo ceremoniosamente a la comitiva al interior del templo. Las campanas se echaron a volar vibrando en el ambiente de la diáfana mañana, las notas musicales de la orquesta de los franciscanos, que retozonas escapaban del naranjal del huerto. Mas entre el alboroto y la algazara, muchos se preguntaban:

-¿Dónde está el novio? ¡No lo hemos visto!

La esquila tocó la última llamada a la misa, y los minutos siguieron corriendo sin que se presentara el ansiado señor Bobadilla. Por último, un vaquero salió por órdenes del prior en busca del tardo novio, en tanto que Concha, de rodillas frente al altar y al lado de su anciano padre, volvía de cuando en cuando la encantadora cabecita, brillando en sus pupilas una luz de opalescentes fulgores. En las penumbras claustrales, los grandes cirios chisporroteaban a las tenues ráfagas del viento matinal, tal como si presagiaran el advenimiento de una tragedia. ¿En qué pensaba María de la Concepción Echave, cuando todo en su torno parecía mofarse de su congoja y de su atavío? Las esculturas de los nichos parecen moverse y gesticular, haciéndole horribles muecas; la imagen de Nuestra Señora de Los Ángeles le saca la lengua apuntándole con el dedo; un Santo Niño de Atocha hace una pirueta y le vuelve la espalda, y el mismo arcángel Gabriel, desde su pedestal del altar mayor, parece parpadear y reír socarronamente tal como si dijera: «Ángeles, diablos y hombres, todos somos lo mismo. Nos gusta jugar con las mujeres como juegan los gatos con los ratones. ¡Pobrecilla!, ¡vuelve a tu hogar, quema tu velo de desposada, apaga los fuegos de tu corazón y entrégate a Dios en cuerpo y alma!»

Con los santos y esculturas moviéronse las paredes, rompiendo el espectral silencio el toque de la esquila que tañía a muertos. Concha se desplomó entonces desmayada en los brazos enervados de su padre, ¡flor que se marchita antes de abrir su perfumada corola!

Cerca de la rada de playa del Rey, erguía en aquella época el caserón de la hacienda de don Ignacio Domínguez y Bobadilla, en la cumbre de un despeñadero que se levanta en línea perpendicular al pie de la solitaria playa. Había sido construido en el cascajo amarillento del promontorio, desde cuyas ventanas dominábase el mar a la izquierda y dilatadas praderas que se extendían a la derecha, pobladas de ganados y gritos estridentes de aves marinas. Con don Ignacio vivían un ama de llaves y tres sirvientes. Era el señor Domínguez un hombre como de 30 años de edad, alto y esbelto, color blanco, ojos cafés y amplia y despejada frente, que recedía abrupta en cabellos copiosos y ensortijados. No obstante ofrecer sus facciones una corrección helénica y un corte aristocrático, un buen fisonomista sorprendería en ellas algo de malévolos y de siniestro, especialmente en sus ojos, que, al mirar, herían con las pupilas, dejando resabios de inquietud y antipatía. Las huellas de la disipación y el libertinaje marcaban su semblante en escabrosidades de repulsión, pues era la faz de un sátiro, pincelada por

un Velázquez. Había vivido mucho en breves años: lo denotaba el cansancio de su mirada austera y taciturna; el fruncimiento amargo de sus delgados labios; la risa sardónica que deformaba su bien cincelada boca, y al verlo, uno no podía menos de exclamar: ¡he ahí una ruina que se deshace en podredumbres!

En su corral, don Nacho tenía los mejores caballos de California, y su favorito era el Cuervo, precioso animal de gran alzada y estampa andaluza, el que montaba cuando iba a los coleaderos de los ranchos vecinos, o en sus excursiones nocturnas para San Gabriel o Nuestra Señora de Los Ángeles, donde los hermanos Sepúlveda solían dar los mejores fandangos. Los campesinos le llamaban el Hechizado, y algunos decían que tenía pacto secreto con el diablo, pues un día se le vio entrar al mar con todo y caballo, y en vez de ahogarse, reapareció chorreando llamas en la barranca de Topango del Río. Había enviudado a los tres meses de casarse, y los murmuradores le acusaban de haber matado a su mujer como resultados de una orgía. Y aún se decía que su caserón espantaba, pues que a la medianoche se escuchaban lamentos de alma en pena, y la figura borrosa de una mujer, deslizándose furtiva por los aleros. Mas sea como fuere, don Ignacio tenía irresistible fascinación entre el bello sexo, pues además de rico y garboso, era bien parecido. Nunca asistía a la iglesia, mas para tener contentos a los misioneros, colmaba a las misiones de valiosos presentes y regias ofrendas.

Tal era, según versiones del vulgo, don Ignacio Domínguez y Bobadilla, cuyas posesiones rústicas partían de la Sierra Madre, en el norte, hasta descender al mar en las playas de Redondo y de San Pedro.

¿Qué había sucedido el día de su proyectado matrimonio en San Gabriel?

Oigamos lo que esa misma noche decía doña Juanita Peralta, platicando en la cocina con las dos criadas, Petrita, gorda y amoratada, y Jacinta, una indita de Zaboba, de tez cobriza y mirada de águila.

-¡Ay, Jesús mío! Don Nacho está embrujado. ¿A quién se le ocurre encerrarse a piedra y cal en su dormitorio el día de su casamiento?

-¿Llamó usted a su puerta, Juanita? -preguntó en tono resuelto, tornando el asador en las brasas.

-¡Yo toqué! -exclamó Petrita, pasando las cebollas de un platillo al otro-, y al descorrerse el cerrojo, ¿saben ustedes lo que vi? ¡Pues a un chivo negro con cabeza de mujer! Por eso llegué corriendo hasta la cocina. ¡Jesús, María y José!

Al decir esto Jacinta se santiguó y, acercándose a Petrita, díjole en voz queda:

-¡Vámonos de este lugar maldito!

Y cuando estaban en esos coloquios, sonó un aldabonazo en la puerta, entrando en seguida fray Pichegrú, que andaba forrajeando por esos rumbos.

-¡Ave María! Dios sea con ustedes, buenas mujeres. Llego sediento y hambriento. Primero una jarra de vino de Sonoma para remojar el polvo del gaznate. Después... una pechuga de gallina con salsita de jitomate y cebollita no me sentaría mal -y entre trago y bocado, fray Pichegrú les explicó el misterio de la ausencia de don Ignacio el día de sus proyectadas bodas.

En una palabra, él se había casado ya por la segunda vez y, temeroso de las consecuencias, creyó prudente el ausentarse.

-¿Y qué ha sido de la pobrecita doña Concha? -interrogó, arrasados los ojos en lágrimas el ama de llaves.

-Pues la infeliz muchacha está loca por atar. Cuando pienso en ella, pienso en el vino-vino veritas. Doña Juanita, otra jarra, que ésta ya toca fondos.

Y una hora después Pichegrú se encontraba tan bien comido y achispado que se echó a bailar con Petrita, besuqueando al pasar las mejillas de doña Juanita, y la nariz interrogativamente aguileña de Jacinta, y, en la gresca cocinal, no observaron que un nuevo personaje entraba como protagonista en uno de los más intensos dramas pasionales que se hubieren registrado en los anales de la provincia de la Alta California.

Concha, jinete en brioso caballo tordillo y seguida de Pedro, montado en potro cerrero, habían llegado a Playa del Rey cuando el sol poniente comenzaba a perderse hundiéndose en las anchurosas aguas del océano Pacífico, tiñendo las crestas del oleaje en resplandores boreales. Las gaviotas volaban en parvadas hacia sus nidos de Catalina, deteniéndose a veces en el infinito espacio, suspendidas entre océano y cielo. La noche cerraba en indecisas opacidades, besando al moribundo día en siderales tristezas.

Escudero y doncella treparon por la colina cuyas veredas culebreaban hasta el caserón y entrando sin que nadie los viera, detuviéronse en los dinteles de la sala.

-¡No te muevas de aquí, Pedro! -dijo imperiosamente Concha a su sirviente. Y haciendo a un lado su velo azul, penetró en la habitación, altiva y trágica. Don Ignacio, sentado entre dos mujeres, frente a una mesa cargada de licores, levantó la cabeza al ver la airada aparición, en tanto que las cortesanas, poniéndose de pie, miráronse mutuamente, cubriendo la desnudez impúdica de sus voluptuosas formas con el mantel de la mesa. Silenciosa, apretando con los blancos dientes los carmíneos labios, Concha exclamó con voz trémula y extendiendo el brazo:

-¡Don Ignacio!, quiero hablar con usted a solas.

-Más tarde... -murmuró Domínguez, levantándose y sacudiendo la pechera de la camisa, confuso a la vez que irritado.

Sin decir palabra, las dos desvergonzadas mujerzuelas abandonaron pacíficamente la sala, cerrando con estrépito la maciza puerta, haciendo temblar los candelabros que colgaban del centro del cielo raso, pintado con alegorías de caza y pesca.

-¡Aquí me tiene usted, don Ignacio! -exclamó la muchacha adelantándose, y sonriendo con sarcasmo y amargura-. ¡Ni una sola palabra! -continuó ella, viendo que don Ignacio pretendía balbucear algo incoherente-. Me ha herido usted en lo más íntimo: ¿por qué no me dijo usted que era casado, que su nombre y su persona pertenecían a otra? ¿Por qué?

Y más y más encolerizada, Concha golpeando el duro suelo con su zapatito de raso blanco, prosiguió:

-Ahora soy el ludibrio de todo California. Mis amigos se ríen de mí. Las familias que conocía ahora me desconocen. Si tuviera hermanos ya me hubieran vengado. Pero estoy sola, sola y desamparada. Dígame, don Ignacio, ¿qué merece un hombre como usted? Dicen que estoy loca de amor, esto no es verdad, ¡gracias a Dios!

-¡Concha! ¡Concha! -gritó don Ignacio, cayendo de hinojos ante la Medea californiana, que con implacable lógica, ahondaba la herida de su alevoso pecho-. ¡Perdóname, te amo y te amaré siempre! ¡Vente conmigo para México, sé mi ángel una vez más, Conchita de mi alma!

Poco a poco, ella fuese acercando a él, repitiendo en voz sollozante:

-Vuelvo a preguntar, ¿qué merece un hombre como usted?

-¡Merece la muerte señorita! -afirmó don Ignacio, que permanecía aún de rodillas.

-¡Tú lo has dicho! -gritó la delicada muchacha en paroxismo de furia, clavando una daga en el corazón de su amante.

Éste, que no esperaba el golpe y tendía los suplicantes brazos para abrazarla, abrió los ojos aterrorizado, desplomándose inerte bajo la mesa, en los instantes en que fray Pichegrú, entonaba, en voz aguardentosa, un salmo cuya letrilla comenzaba así:

¡San Francisco!

¡Señor San Francisco!

¡Líbrame de las buenas mujeres

y del mal vino!

¡Del vino de Santa Rosa!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo